

La propensión de la Iglesia a la memoria

Entrevista con el cardenal bibliotecario Raffaele Farina: por qué la Iglesia siempre ha sentido la necesidad de conservar sistemáticamente actas y documentos de su actividad

El *transitus Domini*, es decir, el tránsito que une a la Iglesia con la Tradición y sus orígenes -según una conocida expresión de Pablo VI- es el aspecto más importante, pero también el menos destacado del Archivo Secreto Vaticano. El archivo central de la Santa Sede, en efecto, es mucho más famoso por su tamaño: fue creado hace cuatrocientos años por el papa Pablo V en la sede en la que todavía hoy sigue y a la que se accede desde el Patio del Belvedere del Vaticano, recoge doce siglos de historia en ochenta y cinco kilómetros de estanterías. Es uno de los centros de investigaciones históricas más importantes y célebres del mundo, en él se conservan millones de documentos entre los que hay muchísimos con un valor histórico inestimable y, naturalmente, sigue creciendo continuamente.

Para comprender para qué sirve y cómo se ha formado el Archivo de los Papas, le hemos dirigido algunas preguntas a Raffaele Farina, cardenal archivero del Archivo Secreto Vaticano y bibliotecario de la Santa Romana Iglesia. El cardenal bibliotecario es una especie de patrón de la Biblioteca Apostólica Vaticana y del Archivo Secreto, mientras que la gestión corre a cuenta respectivamente de dos prefectos. El cardenal Farina, salesiano, historiador, exégeta, con una larga experiencia también como prefecto de la Biblioteca Apostólica Vaticana, nos recibe en su estudio y, antes de comenzar la entrevista, recuerda con placer la relación especial que une a Benedicto XVI con la Biblioteca y el Archivo. El propio papa Ratzinger, cuando vino aquí de visita en 2007, contó que cuando era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe le pidió más de una vez a Juan Pablo II que lo nombrara cardenal bibliotecario, y durante un periodo estuvo incluso convencido de que ese iba a ser su futuro cargo, pero luego las cosas tomaron otros derroteros, y a la Biblioteca volvió, pero como Papa.

Eminencia, el Archivo Secreto tiene cuatrocientos años pero recoge documentos mucho más antiguos. ¿Por qué ha sentido siempre la Iglesia la necesidad de conservar actas y documentos de su actividad de manera tan sistemática?

Desde los primeros tiempos de la Iglesia de Roma, como recuerda el *Liber Pontificalis*, los papas tenían la costumbre de guardar en su "scrinium" (archivo)

las *gesta martyrum*, los códigos litúrgicos, las memorias de las consagraciones episcopales, las donaciones al obispo de Roma y a los cristianos en los primeros siglos. La exigencia nacía de la necesidad de transmitir la memoria de la acción de la Iglesia naciente tras las persecuciones y de la necesidad "administrativa" de la propia Iglesia romana, que naturalmente deseaba conocer los testigos de la fe muertos por Cristo (su mejor tesoro de fe) y la acción de los pastores y de los fieles en la Urbe. A partir del siglo IV el Archivo de la Iglesia de Roma se enriqueció con documentos, códices, libros provinciales, fórmulas de juramento, atestados de consagración de iglesias o fundaciones de abadías, papiros sobre la correspondencia dirigida a los pontífices por los emperadores de Oriente, antes, y de Occidente, después, y otros escritos pastorales y administrativos, como demuestra bien el *Liber diurnus Romanorum Pontificum*, un antiguo código formulario de cancillería poseído por el Archivo Secreto Vaticano que se remonta a finales del siglo VIII o principios del IX.

Así pues, no era solo una necesidad vinculada con las funciones del papado, especialmente con el ejercicio del poder temporal...

En un principio no existía el poder temporal del papa, que comenzó solo con el papa Adriano (772-795); existía, pues, solo una preocupación por la memoria, la pastoral y la administración. Con el nacimiento del Estado de la Iglesia se añadió también una preocupación de gobierno del *Patrimonium Petri* dependiente del pontífice. Lo más importante, como hemos dicho, es la propensión primaria de la Iglesia a hacer memoria. Casi instintiva, diría yo, en el cuidado y la custodia de lo que la une con sus orígenes. También el manuscrito era considerado antiguamente como una especie de reliquia.

El Archivo ha pasado por varias vicisitudes antes de ser trasladado a su actual sede. La creación de un archivo central en el siglo XVII, ¿se debió también a las exigencias de la naciente ciencia archivística?

Las razones que pueden haber influido son diversas. Lo cierto es que los pontífices de los siglos XVI y XVII intentaron varias veces reunir en un solo lugar, bien vi-



gilado, los documentos de la Santa Sede: eso hicieron Pablo IV (1555-1559), san Pío V (1566-1572), Sixto V (1585-1590) y Clemente VIII (1592-1605) sin conseguirlo por varias razones. Quien lo consiguió fue Pablo V Borghese, quien a comienzos de 1612 hizo llegar a las salas contiguas al Salón Sixtino de la Biblioteca Vaticana, habitada hasta aquel momento por el cardenal nepote, los núcleos documentarios procedentes de distintos puntos del Palacio Apostólico y del viejo Archivo de Castel Sant Angelo.

El Archivo ha sido definido también como un océano, pero ¿existe un sector más importante que otros?

Todas las piezas de archivo son equivalentes entre sí, porque todas pertenecen a un *unicum* que vincula y mantiene unidas las partes; valorar o infravalorar alguna de ellas significaría decretar inevitablemente su salvación o su arrinconamiento. Esto no se hace nunca en los archivos. Todos los escritos son importantes y todos tienen una razón de ser, que los vincula a unos con otros. Ello no quiere decir que algunas célebres actas de la historia despierten más que otras la fantasía o la mente del historiador.

¿Qué importancia posee hoy el Archivo Secreto Vaticano para la Iglesia y el Papa? ¿Qué papel desempeña?

El Archivo Secreto Vaticano conserva las actas de los pontífices romanos y de su Curia, prácticamente sin solución de continuidad, desde el siglo XI hasta hoy. De ahí su importancia obvia. El papel del Archivo es ante todo “administrativo”, pues sirve para la acción del Pon-

tífice y de los organismos de la Curia romana para el estudio de los precedentes de cuestiones y situaciones. En este sentido el Archivo sirve principal y primordialmente al Sumo Pontífice y a la Secretaría de Estado. Su papel, además, es custodiar la memoria de la Santa Sede. El Archivo recibe periódicamente los envíos de parte de los archivos de la Curia romana (con algunas excepciones), así como también el abundante material documental de las distintas representaciones pontificias en el mundo.

¿No cree que, desde el punto de vista periodístico, la actualidad del Archivo estriba también en la posibilidad de profundizar en el conocimiento de las estructuras y del método de trabajo de las oficinas vaticanas? La correspondencia diplomática entre la Secretaría de Estado y los nuncios apostólicos, más allá de los temas tratados, ilumina en sus mínimos detalles un modo de pensar y actuar que no ha cambiado sustancialmente con el paso de los años y de los pontificados...

Desde luego, pero existe también otro aspecto poco estudiado: la Iglesia, desde el final de las persecuciones, se moldeó sobre la reforma del Estado auspiciada por Diocleciano y Constantino, tanto en la división geográfica en diócesis, como en la imitación de la cancillería imperial. A veces los historiadores infravaloran el hecho de que las cancillerías tenían su política y que sobre ciertos temas incluso disponían de cierto poder de decisión. De este modo, para comprender los comportamientos de algunos papas del pasado hay que te-

ner en cuenta también a la Secretaría de Estado, a la Curia.

¿Cuántas personas trabajan en el Archivo?

La administración ordinaria del Archivo la pone el Pontífice en manos de su prefecto, que tiene como coadjutores al viceprefecto, al secretario general, a archiveros, escritores, y a empleados de distintos niveles: en total, cincuenta y cuatro personas. Un número pequeño comparado con el personal de los otros archivos de Estado paragonables en cierto sentido al Archivo Secreto Vaticano. Se espera que en un futuro el número pueda aumentar, dependiendo de las posibilidades presupuestarias de la Santa Sede, que para mantenerlo abierto gratuitamente a los estudiosos de todo el mundo invierte ya una cantidad relevante de dinero.

¿Hasta qué punto es importante hoy para los estudiosos el Archivo y qué valor se le da? ¿Cuáles son las épocas históricas más consultadas?

La importancia del Archivo Secreto Vaticano para los sólidos estudios históricos es obvia. Casi ningún ensayo histórico serio, tanto en Europa como en las zonas del mundo en las que la Iglesia católica ha estado presente, puede ignorar el Archivo Secreto Vaticano; y esto es lo que ocurre en los hechos, porque a nuestro Archivo acuden cada año más de dos mil investigadores de todo el mundo. Las épocas más estudiadas oscilan según los intereses historiográficos del tiempo: hasta mediados del siglo XX predominaba sin duda alguna la Edad Media y la Edad moderna; desde mediados del siglo XX y sobre todo en los últimos decenios se investiga mucho también la época contemporánea, hasta la muerte de Pío XI (febrero de 1939).

¿Cuáles han sido los Papas de la época moderna que más han valorado el Archivo Secreto?

Por lo que yo sé valoraron mucho las fuentes del Archivo para su magisterio y su gobierno ordinario Pío XI, Pío XII, el beato Juan XXIII (que lo visitó varias veces) y Pablo VI. También le reserva mucha atención al Archivo el actual pontífice Benedicto XVI.

El Archivo Secreto Vaticano es uno de los más accesibles del mundo y, sin embargo, goza de una inmerecida fama según la cual es un lugar donde se esconden quién sabe qué secretos y documentos incómodos para la Iglesia. ¿A qué se debe la existencia de este prejuicio, que se concretiza en la incesante petición de abrir cada vez más sectores y fondos?

Esta pregunta se me ha hecho ya muchas veces, pero solo por parte de personas que no pertenecen al mundo de la investigación historiográfica o que no conocen realmente el Archivo. La fábula de oscuras tramas que se urdirían, según ellos, dentro del Archivo deriva

de su nombre: *Archivo Secreto Vaticano*. Ese «secreto», que dice sencillamente archivo «privado» (como era el Archivo secreto de los Estensi, de los Gonzaga, de los Sforza, etc.) es interpretado por la imaginación popular o por algunos novelistas como «misterioso», oscuro. Quizá no haya otro archivo en el mundo que sea más «abierto» que el Archivo Secreto Vaticano, que ponga a disposición de los investigadores sus casi 630 fondos desde hace más de un siglo.

Además de la apertura a la consulta de los documentos relativos al pontificado de Pío XII, ¿qué otros proyectos están previstos durante los próximos años?

Los proyectos son muchos, pero los medios económicos para llevarlos a cabo son más bien modestos, por lo menos por el momento. En estos últimos decenios, bajo la prefectura de monseñor Sergio Pagano, se han realizado tres nuevas salas de estudio, tres nuevos talleres, se ha pasado a la fotografía digital, a la informatización de procedimientos administrativos, se han incrementado grandemente las colecciones de publicaciones del Archivo. Además de eso, en el futuro se quisiera informatizar las peticiones de consulta de los documentos e incrementar la reproducción digital de los más de dos mil índices o inventarios del Archivo. Y quizá alguna cosa más, con la ayuda de Dios. Por lo que respecta a los documentos del pontificado de Pío XII, volviendo a su pregunta, es casi seguro que para dentro de dos años estarán disponibles.

¿Hasta qué punto estos documentos conservados en el Archivo y la Biblioteca Apostólica Vaticana son de ayuda a la Iglesia a la hora de afrontar los problemas actuales?

Esta es una pregunta que hace referencia a la teología, además de a la historia. Por ejemplo, durante el Concilio Vaticano II, para el tema de la reforma litúrgica, el estudio de los textos antiguos conservados en la Biblioteca fue importantísimo. Se deshizo también el mito de que la Edad Media fue una época oscura, mientras que, por el contrario, desde el punto de vista de la liturgia y de la piedad popular, se trató de una época riquísima. En general, pienso que redescubrir las riquezas de la Tradición a lo largo de los siglos hace crecer a la Iglesia. Algo así como en la historia de nuestra vida personal. Lo que hemos hecho bien no se borra. Pasa lo mismo en la Iglesia. Renovación es también mirar hacia atrás a la Iglesia antigua como modelo de reforma, a la Iglesia como Cuerpo de Cristo sin mancha y sin arrugas. Conservar significa también enriquecimiento.

Tomado de la revista italiana *30 Días*, número 3/2012.